

MIGUEL RIVERA DORADO

ESPEJOS DE PODER
UN ASPECTO DE LA CIVILIZACIÓN MAYA

ÍNDICE

PREFACIO	9
AGRADECIMIENTOS.....	15
INTRODUCCIÓN	17
UN UNIVERSO DE ESPEJOS	45
ESPEJOS Y REYES	65
El país de los mayas	69
Espejos y dioses	83
Los espejos mágicos de los mayas	90
Los espejos pintados	99
Colofón	110
EL ESPEJO QUE HUMEA	117
EL LABERINTO CAUTIVO	135
LA VÍA DE LOS CUENTOS	147
MITOS Y RITOS DE PODER	163
MAGIA Y PODER EN LA MITOLOGÍA MAYA	181
EPÍLOGO: LA ESCRITURA INVERTIDA	201
NOTAS	213

PREFACIO

LA noche siguiente Scherezada acudió temprano a la estancia del sultán. Intuía que el sabor agridulce que le había dejado la triste historia de la princesa Lilith hacía necesario con urgencia un nuevo elixir de intriga y curiosidad. Schariar, como había supuesto, la esperaba impaciente. Apenas acomodada en los mullidos almohadones, y después de intercambiar una leve sonrisa con el soberano, Scherezada habló así:

No siempre Samarcanda ha sido la fiel y pacífica ciudad que hoy conocemos. Hubo un tiempo, en el origen de los tiempos, en que estuvo regida por un cruel eunuco que había usurpado el trono siendo todavía adolescente. Persona irascible y melancólica, su genio taciturno y cruel era bien conocido por su pueblo, pues sus disposiciones súbitas y caprichosas les habían llenado de espanto, cuando no de auténtico pánico, en más de una ocasión. Enseñaba a la sazón en la principal madrasa del lugar un encendido ulema cuya irresistible mirada atraía a los devotos como la llama a las polillas. Su verbo poderoso hacía meditar, pero también infundía una rara mezcla de miedo y seguridad. Una mañana se dirigió a sus oyentes con estas palabras: “La única sabiduría digna de tal nombre es la que muestra a los hombres su particular identidad de seres creados con un alma perdurable. Y la única manera de alcanzar esa sabiduría es a través del secreto de la vida y de la muerte. Aquel que regrese del otro lado de la linde tenebrosa poseerá todo el conocimiento, y con él las armas necesarias para la paz y para la guerra. Pero, dado que es altamente improbable que un difunto pueda regresar entre los suyos para mostrar esa sabiduría, el Misericordioso, siempre sea bendito, ha dispuesto unas ventanas para que los vivos se asomen al inmenso piélagos. Son los tres espejos llamados sombras, cuyo paradero se ignora; en uno de ellos el

hombre se ve como realmente es, en otro como quisiera ser, y en el tercero como lo ven los demás. La suma de esas visiones es el compendio de su identidad individual, la forma de su alma. De modo que quien llegue a tener en su poder los tres espejos llamados sombras dominará el misterio de la muerte y de las modificaciones que ese paso produce, por designio inescrutable del Altísimo, sea siempre alabado, en cada uno de nosotros. Tendrá toda la sabiduría y todo el poder del mundo”.

La mayoría de los oyentes del ulema, acostumbrados como estaban a sus difíciles sermones y sutiles prédicas, prestaron escasa atención a sus palabras. Pensaron, a lo sumo, que encerraban hábiles metáforas de las que pueblan la mística sufí. Otros discutieron durante algún tiempo el significado de los espejos, mas luego perdieron el interés y abandonaron el asunto. Pero uno de ellos, llamado Rostam, que tenía acceso a la corte del rey, reflexionó largamente sobre la historia, y decidió contársela en cuanto pudiera al mismísimo soberano. Rostam era un apuesto joven de veinticuatro años que había nacido en el interior de Persia, que había sentido desde niño por igual las llamadas de la religión y de la guerra, y que había llegado a Samarcanda con su padre ya fallecido, un famoso médico que había sido requerido para servir a los nobles de la ciudad.

Una tarde, cuando el crepúsculo ponía fin a la más lúgubre y negra jornada de todo el invierno, el muchacho vio entrar al eunuco en la sala de audiencias. Supo hacerse notar, y cuando el señor le miró de soslayo él hizo un gesto apenas perceptible. Fue suficiente para llamar la atención del melancólico, quien le invitó a acercarse al trono. Rostam, sin mayores preámbulos, le dijo con voz algo trémula que había oído una historia que merecía ser narrada a la intimidad de su alteza. Nadie en todo el Oriente se resistiría a una tentación así. El monarca le hizo pasar, ante la indiferencia del resto de los cortesanos, acostumbrados a las arbitrarias medidas y a las transgresiones del protocolo, a una cámara contigua en la que bullía el agua de las pipas y la tenue claridad y las gruesas alfombras invitaban al descanso y las confidencias. Rostam repitió palabra por palabra las que del ulema había escuchado en la madrasa. En seguida las mejillas del rey descubrieron por su rubor la excitación que se había apoderado de él. La apatía acostumbrada dejó paso a un nerviosismo que se fue desparramando en exclamaciones y advertencias:

—Nadie debe saber esto —chilló levantando amenazadoramente las manos—. Nadie, ¿comprendes? Yo sólo debo buscar y poseer esos espejos. E inmediatamente cayó en un estado de depresión.

—Pero ¿dónde buscar? Y ¿cómo alejarme de mi país, cuando todos conspiran para derrocarme?

Parecía que iba a echarse a llorar desesperado cuando una idea feliz brotó de su mente.

—Enviaré un campeón a cualquier lugar en que esos objetos se hallaren, incluso al infierno. Y haré que me los traiga a mi palacio. Encárgate tú —afirmó vehemente con voz perentoria— de que el ulema venga esta misma noche a mi presencia.

No cruzaron una sola palabra más. Rostam salió al momento del enorme alcázar por una puerta secreta, por la cual habría de volver a entrar ya anochecido acompañado del religioso.

Pocas razones sirvieron para convencer a aquél. De sobra era sabida la cólera del monarca, y al sigiloso maestro, que había podido guardar hasta entonces el secreto, tampoco le halagaba la idea de partir atropelladamente hacia el exilio.

Así que en pocas horas el causante de la conmoción real estaba a los pies del eunuco escuchando la voz aflautada del amo de la tierra y príncipe de los creyentes.

—Sobre todo dime —bramó sin dilación— dónde están los espejos y por qué artificio podré hacerlos míos.

—Noble señor —respondió el maestro— los cuentos que he recogido aquí y allá, en los bazares y en los caravanserrallos, se contradicen a menudo, mas la historia de los espejos sombras la escuché de labios de un peregrino que había hecho seis veces el camino de Basora. Decía el viejo derviche que el primero de los objetos está en el centro del laberinto, el segundo donde habita el dragón, y el tercero hundido en el más proceloso de los mares. Aunque he reflexionado mucho sobre esas localizaciones no estoy seguro de haber acertado al situarlas en el mundo conocido.

—Habla, ulema —interrumpió apremiante el soberano.

—Creo que el laberinto hace referencia al inmenso palacio del rey Atarak, en los confines de Armenia. Todo el que ha estado allí insiste

en el número de cuartos y galerías y lo fácil que es perderse. El lugar donde habita el dragón, como todos los persas saben, es...

—La cueva de Shanidar —dijo sobresaltado Rostam, que hasta ese instante había permanecido en silencio.

—En efecto —concedió el ulema— ningún otro dragón goza de igual fama.

—¿Y cuál es el más proceloso de los mares? —preguntó el rey sin poderse contener.

—El que los infieles llaman Egeo. Y yo aseguraría a su alteza que la palabra hundido no significa abandonado en el fondo del mar, sino enterrado o guardado en la profundidad de un templo de cierta isla de las muchas que salpican tal extensión de agua. Muy probablemente Naxos, porque divide el mar entre Europa y Asia, y porque allí descansó, dice la leyenda, la maga Ariadna que puso al héroe Teseo ante el espejo de su propia condición de rey.

—Bien —exclamó el eunuco con la respiración entrecortada—, ahora sólo resta encontrar al guerrero invencible que vuela a conquistar para mí ese precioso tesoro.

Hubo un momento de denso silencio en aquella pequeña sala que albergaba a los tres hombres, a quienes cualquiera hubiera confundido con siniestros conspiradores. Luego, con alguna vacilación, habló Rostam.

—Yo estoy dispuesto, alteza. Siempre he amado las aventuras, y mi admiración desde niño ha ido hacia capitanes como Simbad. Soy fuerte y no conozco el miedo. Sin familia y sin esposa, nada me ata a Samarcanda ni a la vida.

El rey dirigió lentamente sus penetrantes ojos entrecerrados a la figura erguida y arrogante del muchacho. Parecía sopesar su decisión, pero un rayo de luz, algo así como un presagio, cruzó su frente y, alzando las palmas de las manos al techo, gritó.

—Dios lo quiere. Mañana mismo partirás.

Así fue como Rostam se vio envuelto en una arriesgada empresa y abocado a un difícil viaje que duró once años. En Armenia tuvo que pelear con el mejor soldado de Atarak, se casó con la hija del visir y huyó a toda prisa una vez descubierto y robado el espejo. En Persia vivió muchos meses en la cueva —y llegó a correr la voz en la región de

que un santo asceta se había allí aposentado—, hasta dar con la recóndita hornacina en que alguien había depositado el espejo. Por cierto que el único dragón al que tuvo que vencer fue un corpulento oso que le disputó varias noches el calor del fuego.

Mas en Naxos la cosa no fue tan sencilla. El templo principal de la isla estaba vedado a los extranjeros, y la guarnición de sacerdotes que lo defendía no presentaba resquicio ninguno por donde colarse. Al fin, una noche de primavera en que se celebraba el gran ritual del equinoccio, todos los habitantes del edificio se habían concentrado en el sancta sanctorum y Rostam aprovechó para introducirse en el jardín interior. Su inteligencia le decía que el espejo debía estar fuera de la vista de las gentes y en el sitio más recóndito y cerrado, es decir, la tumba del fundador, situada en una cripta a la que se accedía por un angosto pasadizo. Había avanzado unos pasos por el corredor cuando su cabeza y el cuerpo golpearon violentamente contra un muro invisible pero de consistencia pétrea. Desesperado y dolorido palpó en todas direcciones hasta que la antorcha que portaba hizo sobresalir unas letras aparentemente colgadas del vacío. Eran tres palabras, la primera *pavitra*, la segunda *khün*, la tercera *nen*, y una frase en una lengua conocida: “sólo una no es”. Rostam dedujo inmediatamente que en ese acertijo estaba la llave de acceso a la cámara funeraria, aunque no se le ocurría cuál era el paso que debía dar. Después de largas horas en el suelo del lóbrego pasillo, oyendo a veces pasos de gentes que le podían descubrir y matar, una solución se le hizo por momentos más evidente, una sola de aquellas palabras no pertenecía al idioma de las otras dos. La cabeza estaba a punto de estallarle cuando se levantó decidido y se aproximó al muro invisible; *pavitra* tenía el sonido de la India lejana, y entonces recordó a Alejandro, que llegó a tocar las fronteras de ese país pero que no pudo ir más allá, y pensó que la tercera de las palabras debía corresponder a un idioma cuyos sonidos jamás llegó a escuchar el gran conquistador. Y sabiendo que un error podía costarle la vida, puso la mano sobre la palabra *nen*, y la pared se disolvió por encanto, y entró en seguida en el aposento fúnebre, y allí, sobre la pared del fondo, como si fuera la cabecera coronada del austero sarcófago de mármol, estaba el tercero de los espejos.

Toda luna y todo viento caminan y pasan también, y así llegó el

tiempo de abandonar Naxos después de haber permanecido largo tiempo escondido entre los pinos de un frondoso bosque, hasta el arribo de un velero árabe a la cercana caleta.

El regreso a Samarcanda no fue sencillo, pero después de muchas peripecias y de superar unas fiebres malignas, el muchacho convertido en hombre de canosa barba atravesó por fin la puerta del sur de la ciudad y corrió al palacio del melancólico apretando orgulloso su botín tan dolorosamente ganado. El rey lo recibió al instante.

Con ojos enrojecidos por la emoción y voz casi delirante el eunuco aferró los espejos sombras y prometió a Rostam todo el oro y las dignidades que deseara. Impaciente, abrevió la entrevista y le dijo que a la mañana siguiente acordarían los detalles. No se le escapaba al héroe el irresistible deseo de permanecer a solas con los objetos que el soberano mostraba, así que se retiró prontamente alegando el cansancio de muchos días sin dormir.

Cuando Rostam salió del alcázar el cielo rojísimo del oeste cubrió su vista a la manera de un manto empapado en sangre. El frío desasosiego de los augurios nefastos invadió su corazón.

Cuando el sol estuvo bien alto volvió por el mismo camino y los soldados le franquearon el paso sin hacer preguntas. En la sala donde los visitantes aguardaban el momento de la audiencia solicitada no había nadie, así que cruzó sus piernas y se acomodó para una espera que podía ser larga. Pero cuando transcurrieron las horas en soledad y se anunció el ocaso a través de los finos cortinajes, se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro de la estancia. Impaciente y aturdido, sin que los sirvientes ni el oficial de la guardia respondieran a sus ruidos y llamadas, se decidió a abrir la puerta que comunicaba la habitación con el pequeño cuarto en el que siempre se había reunido con el eunuco. Entonces sorprendió su atención la luz que reinaba en el interior, una luz pálida que daba a la techumbre el aspecto de una red de agujeros y al pavimento la curiosa apariencia de un lago de sal suspendido de un abismo. Sobre un trípode oscuro de bronce estaban los espejos, y en la alfombra, demarcado y con un rictus que podía interpretarse como el anhelo que acompaña las primeras experiencias amorosas, yacía el rey, irremediabilmente muerto.